

Don Camilo es, en esta ocasión, Camilo José Cela. Y el caso es que, así por las buenas, este hombre se ha mercantilizado. Se ha olvidado de que es escritor y se ha convertido en un industrial del libro. Se ha construido un palacio en Palma de Mallorca, lejos ya de Son Armadans y cuanto aquello representaba. Y con un grupo de colaboradores, que uno se imagina numeroso a juzgar por su eficiencia, don Camilo nos va dando libro tras libro, semana tras semana, con una puntualidad que nada tiene de celtibérica.

Para acabarlo de arreglar, don Camilo se ha construido su propia editorial, su personal fábrica de hacer libros. La Editorial Alfaguara, que han creado él mismo y su hermano Jorge Cela Trulock. Desde ahora ya no se hablará de Camilo José Cela y de Jorge Cela Trulock. Desde hoy hay ya que hablar de los Hermanos Cela and Company, Incorporated. Una empresa editorial de libros de lujo que lleva camino, a este paso, de inundar las bibliotecas de señores que no leen, pero que tienen dinero, de elegantes damas cuya única preocupación sea la de comprar libros con un criterio estético muy definido: cuanto mayores sean las láminas, el formato y el tipo de letra, mejor. Esos libros adornan mucho cualquier biblioteca, no cabe duda.

Camilo José Cela llevaba en sus ya lejanos tiempos una barba pobladísima que le daba aspecto de vagabundo. Cuando lo hicieron Excelentísimo de la Academia, don Camilo se cortó la barba porque dijo que lo que él quería era ser de la Academia y que por eso se había dejado la barba. Y que una vez en el seno de la Institución se afeitaba. Empezó él mismo por limpiarse, fijarse y darse esplendor. El período de su vida iniciado por un afeitado ha culminado en la creación de una editorial para su propio y exclusivo uso. Cuando don Camilo se las veía y se las deseaba para poder publicar sus libros, dijo de los editores lo que ya en sus tiempos había dicho don Pío Baroja. La frase no es para repetida, pues nunca debemos perder la educación ni comenzar a proferir palabras gruesas. Hoy, Camilo José Cela se ha convertido él mismo en editor. Y saca unos libros preciosos, algunos con dibujos de Picasso y todo. Libros muy

# Sobre un tal que se ha

decorativos, no cabe duda. Libros que ya no están al alcance de los modestos mortales corrientes y molientes. Soltar quinientas pesetas por un librito que tiene media hora de lectura es algo que ya no hace nadie ni borracho. Nadie que se preocupe por lo que los libros dicen, no por lo que los libros muestran. El complejo editorial Alfaguara, de los Hermanos Cela and Company, Incorporated, publica obras sólo al alcance de millonarios y títulos nobiliarios, que son los que en su casa tienen una historiada biblioteca que sólo sirve para tomar en ella el café. Es lo clásico.

Cuanto queda dicho puede parecer dicho en broma. Pero a uno se le parte el alma de pena. El cronista había sido siempre un admirador fervoroso de don Camilo José Cela. Pero del Cela con barbas, que macuto al hombre se recorría los caminos de la Alcarria, los umbrosos valles que van del Miño al Bidasoa, los vericuetos del Pirineo catalán. Las llanuras, en fin, de Andalucía la oriental. Del Cela que nos había dicho cosas interesantes sobre Pascualillo Duarte, del Cela que con infinita ternura nos hablaba de las pobres gentes del Madrid de la postguerra. Del Cela que en magistrales relatos cortos nos había dejado una abigarrada y certerísima galería de tipos carpetovetónicos.

Pero del Cela con barbas al Cela afeitado media un abismo. El abis-

mo que separa lo auténtico de lo falso, lo escrito puesto el objetivo en el arte literario de lo escrito puesto el objetivo en los billetes verdes. Camilo José Cela, por las buenas y como quien no quiere la cosa, se ha hecho millonario y ha renunciado a sus barbas y su postura. Es explicable. Es natural. Es profundamente triste y doloroso el tener que consignar que en este país estén las cosas como están. Porque el hombre es libre hasta un cierto punto muy limitado. Las circunstancias mandan, se suele decir. La rebeldía no da para comer. Ni la rebeldía ni otras muchas cosas. Es inicuo, sencillamente inicuo, el que Cela cobrara mil doscientas pesetas por "La familia de Pascual Duarte". Tan inicuo como pagar sueldos de hambre a profesores y maestros. Tan inicuo como que el postgraduado universitario tenga que esperar años y años, una vez terminada la carrera, para poderse casar. Porque una casa no se pone con sabiduría ni se mantiene una familia con una buena formación profesional. Todo está en función del dinero. Y uno no está casi nunca solo. Cualquier cristiano tiene mujer e hijos.

Eso es, quizá, lo que en un momento determinado de su vida pensara Camilo José Cela. Y se afeitó las barbas. Se terminó, pensó y dijo quizá: Voy a escribir lo que da dinero. Y en eso estamos. Así van saliendo, uno tras otro, la serie de libros que inundan ya las

# don Camilo mercantilizado

librerías. Libros preciosos, muy bien hechos. Con dibujos de Picasso el último de ellos, que se titula, si uno no recuerda mal, "Gavilla de fábulas sin amor". Un libro que cuesta cuatrocientas sesenta pesetas. Uno pregunta el precio con ilusión, todavía con cierta esperanza. Lo oye con escalofríos. Y mira el libro como el niño ilusionado mira el juguete caro. O el hombre modesto el último modelo de la Mercedes. Inalcanzable. Hoy para leer ciertos libros no hay más que hacerse socio de la Biblioteca Nacional, que cobra sesenta pesetas al año. Pero el fastidio de la burocracia, las cortapisas de malas caras de señores o señoras de ventanillas, y las nulas facilidades para la lectura que hoy se le dan al presunto lector acaban por descorazonar al más pintado. Y ahora, lastimoso es tenerlo que decir, ciertos libros ya no se pueden leer. Hace falta temple heroico para soportar todas esas estúpidas trabas burocráticas. Y más temple todavía para encerrarse horas y horas en salas quizá sin calefacción, quizá sin luz suficiente, quizá con sillas que ya usaban nuestros abuelitos para despedir visitas. En fin, es lastimoso tener que reconocer todo esto.

Es lastimoso, sobre todo, porque el cronista había sentido siempre por Camilo José Cela un entusiasmo muy juvenil, quizá desproporcionado. El ídolo caído, podría ser también el título de esta cróni-

lla de hoy. ¿Han leído ustedes el relato del mismo título del extraordinario Graham Greene? El ídolo caído de esta ocasión se llama don Camilo José Cela, de los Cela and Company, Incorporated.

Porque la carrera novelística de Cela parece que ya se puede dar por concluida. Desde hace ocho o diez años Camilo José Cela no ha vuelto a intentar el esfuerzo novelístico. "La Catira" —ese fracaso— fue el último de la serie. Desde entonces, un puñado de volúmenes en los que la mayoría de las veces se limita Cela a estirar hasta el infinito los mejores de sus gags de admirable prosista, de admirable hablador, de admirable manejador del idioma. Y de ahí ya no se pasa. Naturalmente que Camilo José Cela es muy dueño de hacer el género de literatura que él crea conveniente. No le achacamos en modo alguno defectos por lo que no es. Le achacamos, eso sí, el espíritu antisocial de sus publicaciones más recientes. Él dirá quizá que bastante ha hecho el "primo" escribiendo cosas valiosas por cuatro miserables y escasas monedas. Y que la consagración de su nombre bien se merece los precios astronómicos que ya van alcanzando sus libros. Estos de Cela son también libros sin título, pero con nombre. Libros que quizá sin la firma y rúbrica de don Camilo José se los llevara la trampa. La trampa de un nombre modesto y desconocido. La trampa se llevó,

en efecto, "La familia de Pascual Duarte", una de las más importantes novelas de la postguerra española.

Cuando uno todavía tenía entronizado a don Camilo José Cela alababa sin reservas su espléndida prosa, sus relatos de viajes, sus relatos cortos. Alababa aspectos importantes de "La colmena", del Pascualillo Duarte, del nuevo Lazarillo de Tormes. Siempre decía uno, para quien le quisiera escuchar, que Cela era en las letras españolas el único, absolutamente el único narrador de indiscutible talla universal. El máximo conocedor del idioma, el hombre español de hoy que entroncaba más directamente con hombres españoles de ayer que se llamaban don Miguel de Cervantes, don Francisco de Quevedo, don Pío Baroja.

Hoy a uno se le han ido apagando poco a poco sus juveniles entusiasmos celianos. Quizá por la obvia, simplicísima razón, elemental desde cualquier punto de vista, de que ha perdido ya la posibilidad material de seguir leyendo los últimos libros de Camilo José Cela. Y, claro, sin la leña vivificadora de la lectura renovada, no hay posibilidades para que esos rescollos sigan siendo fuegos alegres y cálidos. Los fuegos que siempre habían provocado, desde el punto de vista literario, las obras todas de Camilo José Cela, desde "La familia de Pascual Duarte" hasta el genial "Nuevo retablo de don Cristobita" o el no menos genial "El gallego y su cuadrilla". Sin olvidar sus relatos viajeros.

Es el caso que don Camilo José Cela se cortó ya definitivamente las barbas del inconformismo. Ahora, afeitado, hecho, un personaje respetable, se dedica al productivo deporte de la edición de libros de lujo, con mucha lámina y poco texto, para adorno interesante de bibliotecas caras. Esas bibliotecas muy historiadas que hay en algunas casas en las que nadie lee, desde luego. Pero en las que, después del almuerzo, se sirve el café. Porque eso, al fin y al cabo, es lo clásico. Para acabar de completar el cuadro sólo faltaría que el mayordomo fuera... Bautista.

Juan José Coy, S. J.